

FRAGMENTOS

DE UN SEGUNDO SERMÓN

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTÉS (1).

Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.
(Act., II, 4.)

Todos entonces fueron llenos del Espíritu Santo.

Apenas hace diez días que hemos celebrado el recuerdo del grande y delicioso misterio de la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo. Nuestras almas extasiadas hubieran querido seguir al triunfador de otro modo que con el deseo, cuando se elevaba á los cielos. Mas ¡ay! volviendo á caer bien pronto en nosotros mismos, nos vemos reducidos á no sentir más que el desconsuelo y la soledad del destierro.

Hé aquí que la Iglesia nos invita á meditar sobre la memoria de un misterio no menos sublime, no menos atractivo; el misterio del Espíritu Santo que desciende sobre los Apóstoles y los primeros fieles, para llenarlos de su divinidad y colmarlos de todos sus dones: *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.*

Ese es el efecto de la perpetua y divina mediación que

(1) Predicado en la iglesia de Nuestra Señora de Lereto en París, en 1853.

Jesucristo ha ido á ejercer cerca de su Padre celestial (1). ¡Cuán magnífico es, exclama San Agustín, cuán inefable, ese primer testimonio de la bondad divina!... ¡Cuán tierna es la solicitud del Criador por la restauración de su criatura (2)!... El Verbo divino no llevó de nosotros al cielo más que una naturaleza humana, y en cambio nos envía un Dios (3). Hé ahí que en nuestros acerbos males vamos á recibir de lo alto un nuevo auxilio: hé ahí que la Majestad divina se digna visitar todavía otra vez personalmente á sus pobres enfermos, es decir, á todos nosotros, tan deplorablemente atacados de toda clase de enfermedades. Hé ahí que nuevamente se hace, para nuestro consuelo y curación, una mezcla inefable de cosas divinas y humanas (4). Hé ahí, en fin, al hombre elevado hasta Dios, pues que Dios desciende hasta el hombre y le llena de sí mismo: *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto*.

El misterio de este día es, pues, el último término del misterio de la Encarnación; la última consecuencia de la muerte, de la resurrección y de la ascensión del Salvador; el último cumplimiento de sus promesas. Es el fin de la antigua alianza y el principio de la nueva. Es la cesación de la ley y la promulgación del Evangelio: la repudiación de los judíos y la vocación de los gentiles: la muerte de la Sinagoga y el establecimiento de la nueva Iglesia. Este misterio es, pues, muy digno de todas nuestras meditaciones. Me conceptúo feliz en tener que hablaros de él en esta hermosa iglesia, que se honra con el nombre y con la protección de María, que más que ninguna otra criatura ha sido llena de las gracias y de

(1) *Semper vivens ad interpellandum pro nobis. (Hebr., VII, 25.)*

(2) *Quam ineffabilis pietas! Quanta est auctori cura pro restauratione facturae suae! (San Agustín.)*

(3) *Hominem portavit in cælum; et Deum misit in terras. (Ibid.)*

(4) *Ecce de supernis medicina mittitur. Ecce iterum infirmos suos per seipsam majestas visitare dignatur. Ecce iterum humanis divina miscentur. (Ibid.)*

los dones del Espíritu Santo. Me conceptúo particularmente dichoso de que mi boca, que ha estado á punto de cerrarse para siempre en el silencio de la muerte, pueda ofrecer este primer discurso después de mi restablecimiento, como un himno de reconocimiento á esa augusta Virgen, que después de Dios debe ser siempre saludada como el recurso y la curación de los enfermos.

En los fragmentos que nos quedan de este discurso encontramos, con muy corta diferencia, al menos en indicación, las dos partes del sermón precedente. Además encontramos en ellos la explicación de esta parte del texto sagrado: «De repente se oyó un grande ruido que venía del cielo, semejante al de un viento impetuoso» (1). Por manera que la división del discurso parece haber sido ésta: «El Espíritu Santo es la lengua que instruye á la Iglesia, el fuego divino que la anima y la fecundiza, y el aliento ó soplo que la dirige.» Las dos primeras partes, en cuanto podemos juzgar de ellas, no eran más que la reproducción del discurso anterior. Hé ahí lo que podemos recoger de la tercera parte:

...El Espíritu Santo descendió hoy sobre la Iglesia, como un viento impetuoso. ¿Y por qué eso? San Cipriano va á explicarnos este misterio. Recordemos esa misteriosa arca de Noé llevada sobre las aguas, dirigida é impelida únicamente por el soplo de Dios. Esa arca que, llevando la esperanza del género humano, era la figura de la Iglesia. Así el Espíritu Santo que desciende hoy de los cielos, tan vehemente como el soplo de las tempestades, viene á enseñarnos que del mismo modo que dirigía en otro tiempo el arca de Noé sobre las aguas, es también el que impele hácia adelante y dirige la nave de la Iglesia, y la preserva de los naufragios entre las encrespadas

(1) *Factus est repente de cælo sonus, tanquam advenientis spiritus vehementis. (Act., II, 2.)*

olas de todos los errores, de todas las pasiones y de todas las persecuciones suscitadas por los impíos (1).

Dirijamos una mirada sobre la historia eclesiástica, y veremos que la Iglesia ha sido batida durante tres siglos por las olas de la persecución pagana; durante tres siglos también por las olas de la herejía, y durante otros tres siglos por el mahometismo, cuyo sensualismo brutal invadía una gran parte del mundo conocido; durante tres siglos por las olas de la ignorancia y por los rompimientos del cisma de Oriente; durante tres siglos por las consecuencias funestas del gran cisma de Occidente, y durante los tres últimos siglos por los errores del protestantismo y de la falsa filosofía. En medio de esas borrascas, la nave de la Iglesia pareció muchas veces próxima á zozobrar y perderse en el fondo de los abismos. Particularmente en estos últimos tiempos, cuando el grande Pontífice Pío VI fué en medio de vosotros, habitantes de la Francia, á coronar la vida de un Santo con la muerte de un mártir, la Iglesia podía parecer, humanamente hablando, casi enteramente aniquilada, y la barca de Pedro más que nunca fuera de estado de resistir á la tormenta.

Pues bien; de repente, y cuando menos se esperaba, se vió á la magnífica nave ponerse á flote. Pudo hacerse constar que, durante la tempestad, no había disminuido un cuarto de hora la velocidad de su marcha; que no había perdido un girón de sus velas; que no la faltaba ni una sola pieza de sus sólidos mástiles, y que, con más seguridad que nunca, podía proseguir su rumbo triunfal y regenerador. ¿Cómo puede explicarse esto? Porque la Cruz, dice Teofilacto, es el mástil de ese navío; las doctrinas evangélicas, sin mancha de error ni de corrupción,

(1) Arca millám quæ typum gerebat Ecclesiæ Spiritus Sanctus tunc recebat et nunc regit. (*San Cipriano.*)

son sus blancas y resplandecientes velas; porque Jesucristo es su capitán, y su piloto, San Pedro, empuña ó maneja la barra del timón; la fe sirve de gobernalle, los ángeles y los apóstoles son los marineros, y los pasajeros son los fieles con todas las legiones de Santos. Y, sobre todo, porque el Espíritu Santo es el que con su soplo suave mueve las velas de ese navío, le dirige y le impele en su marcha tranquila y majestuosa. Sí, el soplo del Espíritu Santo es el que le hace surcar todos los mares, abordar á todas las playas por la predicación del Evangelio, que consigue fecundizar todas las nuevas adquisiciones, y que no abandonará jamás la nave hasta haberla conducido al puerto afortunado del paraíso de las delicias (1).

Pero ¿cuáles son esos navíos que se obstinan en dar caza á la nave de la Iglesia? Los conozco muy bien, hermanos míos, y vosotros los conoceréis también por el ruido que forman, por la confusión, por el tumulto que reina á su bordo, y por los gritos de rencor que los hacen guardar alineación. Son los navíos de los piratas de la herejía y del cisma. Pero no temáis; por más que persigan á la nave de la Iglesia, no podrán contener su marcha; podrán atacarla, pero jamás la vencerán, y tendrán la misma suerte que cupo á sus predecesores. ¿En dónde están en el día los navíos de Arrio, de Eutiquio, de Nestorio, de Donato, de Novaciano y de todas esas sectas que tantas veces creyeron triunfar con el auxilio de los Césares? Desaparecieron: las olas que los trajeron los sumergieron; los sectarios del siglo XVI tendrán la misma suerte.

(1) Navigat instructa fidei gubernaculo in diei cursu habens gubernatore in Deum, navigantes apostolos, remiges angelos, portans choros omnium Sanctorum, erecta in medio ipsius salutari arbore Crucis, in quo Evangelicæ fidei, vela suspendens, flante Spiritu Sancto ad æternam securitatis quietem et portum paradisi perducitur. (*Teofilacto.*)

Pero ¿cuál es ese navío cuyos pilotos se muestran tan hostiles á la Iglesia, la suscitan tantos enemigos, se coaligan con todos los adversarios de la Iglesia, pero cuyos desgraciados pasajeros tienden desde todas partes sus brazos hácia la barca de Pedro, hácia la verdadera Iglesia? ¡Ah! os reconozco, hermanos procedentes de esa grande nación, conocida en otro tiempo con el nombre de Isla de los Santos, y cuyos recuerdos y simpatías por la unidad católica no han podido extinguir tres siglos de protestantismo. Veo que acabáis de izar bandera de socorro, porque habéis enarbolado la Cruz. Os veo con los ojos fijos hácia la estrella polar, porque restablecéis el culto de la augusta Virgen, llamada astro de la mañana; estrella del mar (1). Ánimo, hermanos extraviados; un noble esfuerzo más para vencer las funestas corrientes del orgullo, que os impiden reuniros á la nave de la Iglesia, y la alcanzaréis para reconciliaros con ella y salvaros, y podremos continuar juntos la travesía, que debe terminar en la ribera de la patria celestial. Así sea.

(1) Stella matutinal... Maris stella!

SERMÓN

DE LA

SANTÍSIMA TRINIDAD.

*Euntes docete omnes gentes baptizantes
eos, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus
Sancti. (San Mateo, XXVIII.)*

Id, enseñad á todas las naciones, y
bautizadlas en el nombre del Padre, del
Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando Dios quiso criar al hombre, dijo, según la Sagrada Escritura: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza» (1). En sentir de todos los intérpretes, no hay duda de que por esas palabras Dios quiso hacer entrever desde entonces la revelación del grande y profundo misterio de la Santísima y augustísima Trinidad. La palabra Dios, en singular, significa aquí la unidad de la naturaleza divina, y la palabra *Hagamos*, en plural, indica la pluralidad de personas. Por otra parte, en las palabras que Jesucristo pronunció cuando envió á sus Apóstoles á enseñar y bautizar al mundo entero, indicó por las palabras *en el nombre*, la unidad de Dios, y la Trinidad de las personas divinas por las pa-

(1) Dixit Deus: Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.
(Génesis, I, 26.)